

NOTA SOBRE PAUL VALÉRY

UN análisis esquemático no ofrecerá nunca la realidad pensante de una persona, así como el plano métrico o geométrico de una estrofa o de un edificio si sugiere el ritmo no nos da su canto o su presencia viva. La realidad de Paul Valéry en la imagen pasa su límite y dice cuanto sugiere a pesar de la significación de la palabra medida en su valor etimológico, en su orbe absoluto. Queda idéntica la causa, la firmeza de las "hijas de las leyes del cielo", las columnas, estables por la física permanente. Esta física es también un silencio interior, de carácter apolíneo, pronta a dar el don en la estabilidad de las palabras reunidas en ritmo por la paciencia "dans l'azur", en el azul no tocado por las continuas hipótesis y afirmaciones momentáneas; de allí que "cada átomo de silencio" sea fuente de creación o descubrimiento. Si hacemos el silencio de todo lo dicho podemos empezar a organizar el saber o a confirmar el no saber. El mar en el Cementerio marino refleja mil y mil "ídolos" del sol, tiene en el tumulto "delirios", ¿hasta dónde va la certitud de este delirio cuya eficacia niega a la Pitonisa? Nada se ha probado en definitiva; sólo el hecho es cierto. El método de Paul Valéry, estudiado sobriamente por A. Maurois, va a tomar contacto "con el mejor empleo de las palabras, con los datos elementales de los problemas". Un filósofo ha negado; "Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea", le dice en un verso en que la triple repetición insiste en la frecuentación interior, llevada a lo patético, en tres figuras, la del hombre, "Zenón"; la de la doctrina, "cruel Zenón"; la de la escuela, "Zenón de Elea". ¿Hemos de ver al "cruel Valéry", despojado de las debilidades de la expresión humana, casi siempre enternecida o engañada, para dedicarse implacablemente a esta paciencia "en el azul", después de haber borrado la ciencia, tal como se la comprende, la historia, tal como se la escribe, los sentimientos, es decir, estos otros "ídolos" deformados en que creemos? El "azur" de Mallarmé, azul a veces, insensible, "l'insensibilité de l'azur et de pierres", este azul que le frecuenta y le atrae: "azur, azur, azur", que se viene a sus ojos como nuevo en la creación, "el virgen azul", como envejecido en nosotros con el tiempo "el viejo azul", o revelado a nosotros con la repentina aparición primera, "el virgen azul", cuando el éxtasis le sorprende en "le pavé vieilli" en este mundo viejo. Mallarmé y Valéry no van por el mismo camino filosófico. Valéry empezó por despojar su inteligencia de las ideas recibidas, de los mitos contruídos por las afirmaciones corrientes, unísonas o contradictorias. Según la

Teología mística del Areopagita, libertada “del mundo sensible y del mundo intelectual el alma entra en la misteriosa obscuridad de una santa ignorancia”, va en busca de Dios y “Dios no es nada de lo que existe”. Con rigor de matemático, Valéry se acerca a esta ignorancia, donde la inteligencia nuestra, no mística, indaga y examina. Sus poemas han crecido con el arte que junta a Leonardo al impresionismo. La investigación interior sigue incesantemente su análisis. Con la abnegada valentía del pensador entregado a su propia conciencia, con sinceridad cabal, afirma, llega a la suprema crueldad consigo mismo, trabaja por no engañarse. Dios, según el Areopagita, no es nada de lo que existe, lo que existe obra de Dios, ¿es realmente digno del invisible modelo? Los versos de Paul Valéry atestiguan la realidad de esta belleza. Y aquí la coincidencia y la divergencia con los teólogos y místicos; cuando más próximo a Dios, el mundo es más bello. Para Valéry, según Paul Sanday, “no hay más perfección que en la idea, en el sentido platónico, y la realidad contingente no es más que deformación y envilecimiento”. Las matemáticas llevan a Valéry a esta realidad perfecta de la que, en el sentido platónico, es copia lo creado. Sin dilucidar la polémica y la doctrina de los gnósticos y sus posteriores influencias, especialmente con la *Filosophumena* y la *Pistis Sofía*, los gnósticos “difundieron el desprecio a la materia, que llamaban *una mancha en la vestidura de Dios*” según la cita que tomo del estudio de Menéndez y Pelayo sobre la poesía mística, y que Valéry pudo conocer en los abundantes estudios del gnosticismo que se publicaron en Francia en el primer cuarto del siglo, aunque la concordancia ya se encuentra en el neoplatonismo; esta mancha en la inteligible vestidura de Dios, que sería lo creado, impide, a mi ver, a la pura inteligencia su contemplación perfecta y se relaciona siempre con una raíz metafórica, en San Juan de la Cruz, por ejemplo, “si te detienes en algo, dejas de arrojarte al todo”, y en Valéry “la fuerza del sitio”, donde está retenido por su pie el plátano. La culpa es de lo visible, alumbrado por el sol, creador de “impenetrables delicias”, y por tanto, selva donde se apacientan las sensaciones que niegan reposo a la inteligencia. Por eso le dice:

*Soleil, soleil! ... Faute éclatante! ...
Tu gardes les coeurs de connaître
Que l'univers n'est qu'un défaut .
Dans la pureté du Non-Etre¹.*

Pero su paso fué más allá, y este Non-Etre, este No-ser, se parece por su realidad a “ce Néant” que Mallarmé quiere conocer en otra forma, sin la rigidez del método que fué apartando toda complacencia en la vía infrecuentada.

¹ ¡Sol, sol! ¡Falta resplandeciente! Impides que los corazones sepan que el universo no es más que un defecto en la pureza del No-Ser.